

Renace el militarismo alemán

THOMAS FAZI :: 19/07/2025

El obstáculo para el rearme es que cada vez más personas empiezan a comprender que los verdaderos enemigos no están en Moscú, sino en las élites políticas y económicas de su país

DE BLACKROCK A LA BUNDESWEHR: EL REARME DE ALEMANIA SEGÚN MERZ

El nuevo canciller alemán, Friedrich Merz, exCEO del gigante financiero BlackRock, lanza un rearme militar masivo, rompiendo con la tradición pacifista de posguerra. Con inversiones sin precedentes y una clara alineación con el atlantismo, Berlín abandona la Ostpolitik y adopta una postura agresiva hacia Moscú. Sin embargo, tras la retórica soberanista se esconde una creciente subordinación estratégica. Merz debe enfrentarse a una profunda disidencia interna, especialmente entre los jóvenes.

Se quiere convertir a la Bundeswehr en la fuerza armada convencional más poderosa de la UE. En la cumbre de la OTAN celebrada en La Haya el 25 de junio, el nuevo canciller alemán, Friedrich Merz, presentó su plan para el rearme alemán. Con una inversión de 400.000 millones de euros y el objetivo de aumentar el gasto militar al 5 % del PIB, no se trata solo de un ajuste presupuestario, sino de la desaparición de la identidad estratégica de Alemania posterior a 1945. Es una revolución arraigada en la completa internalización de la ideología atlantista por parte de la clase dirigente.

El plan de rearme de Alemania y su agresiva postura antirrusa no representan un retorno al nacionalismo alemán, sino su opuesto. Las políticas implementadas hoy no se derivan de una búsqueda fría de los intereses nacionales alemanes, sino de su negación. Son la expresión de una clase política que ha interiorizado tan profundamente la ideología atlantista que ya no es capaz de distinguir entre la estrategia nacional y la lealtad transatlántica.

Esta es la consecuencia a largo plazo de cómo se «resolvió» la cuestión alemana tras la II Guerra Mundial: mediante la integración de Alemania en el «Occidente colectivo» bajo la tutela estratégica estadounidense. Durante gran parte de la posguerra, los líderes alemanes buscaron equilibrar este acuerdo con la defensa de su interés nacional, pero en los años posteriores al golpe de Estado de 2014 en Ucrania, el ala «estadounidense» del establishment alemán comenzó a tomar la delantera. Con Merz y [BlackRock](#), está firmemente al mando.

Hoy en día, los líderes solo piensan en alinearse con un proyecto occidental cuyas prioridades suelen definirse en otros ámbitos. En un [editorial](#) publicado el 23 de junio en el *Financial Times*, por ejemplo, Merz y Emmanuel Macron reafirmaron su compromiso con la relación transatlántica y la OTAN (lo que siempre ha implicado la subordinación estratégica de Europa a Washington), a pesar de los recientes gestos retóricos hacia una política europea más autónoma.

Cabe destacar que Merz, aunque critica públicamente a Trump, está haciendo realidad su visión: presionar a Alemania para que aumente drásticamente el gasto en defensa, lidere la guerra en Ucrania y rompa los lazos energéticos con Rusia. Sin embargo, todo esto se presenta como una expresión de la soberanía alemana y europea. Contrariamente a la valiente postura de Gerhard Schröder contra la invasión estadounidense de Irak hace 20 años, Merz también ofreció su pleno apoyo al reciente -y fallido- ataque de Trump contra Irán.

La idea de rearmar las fuerzas armadas alemanas se remonta al discurso de la 'Zeitenwende' (punto de inflexión) pronunciado en 2022 por el entonces canciller Olaf Scholz, tras el inicio de la guerra de la OTAN contra Rusia en Ucrania. Scholz prometió un fondo de 100.000 millones de euros para las fuerzas armadas y el logro del objetivo del 2 % del PIB en gasto militar, tal como lo solicitó la OTAN. Sin embargo, ese punto de inflexión quedó en gran medida en el papel. Dos años después, el Consejo Alemán de Relaciones Exteriores **declaró** contundentemente que poco había cambiado.

Ahora Merz está decidido a lograr lo que Scholz solo había insinuado. El nuevo canciller ha hecho de la 'defensa' y la 'seguridad' la piedra angular de su mandato, lanzando la campaña de rearme más ambiciosa desde la II Guerra Mundial. El plan de inversión en defensa y seguridad, de 400.000 millones de euros, representaría casi la mitad del presupuesto federal. Este cambio trascendental tendrá enormes repercusiones: Berlín ha confirmado que el gasto militar alcanzará el 3,5 % del PIB para 2029, con un objetivo del 5 % a partir de entonces.

Para lograr estos objetivos, Merz impuso una enmienda constitucional para reformar el «freno de la deuda», un mecanismo fiscal incorporado a la Ley Fundamental alemana en 2009 que limita el déficit estructural federal. A pesar de prometer mantenerlo intacto durante la campaña electoral, Merz cambió de rumbo inmediatamente después de su elección. Su gobierno aprovechó la última sesión del parlamento saliente para aprobar la enmienda. El objetivo era claro: liberar cuantiosos fondos para la expansión militar.

El 19 de mayo, el general Carsten Breuer, el máximo oficial militar de Alemania, emitió una directiva que describe una visión integral para la Bundeswehr, con el objetivo de alcanzar la plena disponibilidad operativa para 2029. Las prioridades son numerosas y ambiciosas: equipar y digitalizar completamente todas las unidades, reanudar el servicio militar obligatorio, desarrollar defensas antidrones y antimisiles, fortalecer las capacidades ofensivas de guerra cibernética y electrónica, e incluso desarrollar sistemas de defensa espaciales. El plan también incluye fortalecer la participación de Alemania en el programa de intercambio nuclear de la OTAN y ampliar su capacidad de ataque de largo alcance.

Estos cambios no se limitan a la doctrina militar: reflejan una profunda transformación de la postura de política exterior alemana. Merz ha expresado una firme oposición a Rusia, haciéndose eco de las voces más altas de la OTAN. Afirmó que Rusia libra una agresiva guerra híbrida a diario y declaró que «Rusia nos amenaza a todos». En vísperas de la cumbre de la OTAN, **argumentó** que «debemos temer que Rusia continúe la guerra más allá de Ucrania», sugiriendo una inexistente amenaza directa e inminente para Europa.

Mientras tanto, un documento de estrategia de la Bundeswehr, **publicado** por *Reuters*,

describe a Rusia como un «riesgo existencial» y habla de los preparativos del Kremlin para un conflicto a gran escala con la OTAN «para finales de la década». La idea de que Rusia podría lanzar un ataque contra Europa en los próximos años forma parte ya del discurso oficial de los líderes de la UE y la OTAN, a pesar de que Moscú no tiene ni la capacidad (con excepción del armamento nuclear) ni el interés estratégico para tal acción.

Inmediatamente después de asumir el cargo, Merz lanzó una activa campaña de política exterior. Visitó capitales europeas para coordinar su postura sobre Moscú y Kiev. Una de sus primeras acciones fue viajar a Kiev con los líderes de Francia, el Reino Unido y Polonia, un gesto simbólico de unidad con Ucrania y un desafío directo a Trump, quien, entretanto, había promovido públicamente un acuerdo negociado con Rusia.

En Berlín, Merz se reunió con el presidente/dictador ucraniano, Volodímir Zelenski, y propuso el envío de misiles Taurus de fabricación alemana, con un alcance de más de 500 kilómetros. Ante la fuerte oposición interna, dio marcha atrás parcialmente, pero retomó la estrategia con una nueva propuesta: un acuerdo de 5.000 millones de euros para la coproducción de misiles de largo alcance en territorio ucraniano con tecnología alemana.

De forma aún más provocativa, Merz declaró que las armas suministradas por Occidente ya no están sujetas a restricciones de alcance. «Ucrania ahora puede defenderse atacando objetivos militares en Rusia», afirmó, dando así luz verde a atacar territorio ruso con armas occidentales. Por primera vez desde 1945, Alemania no solo se está rearmando a gran escala, sino que también legitima la escalada directa contra una potencia nuclear. Confirmando este enfoque, Merz anunció la entrega de nuevos sistemas alemanes de defensa aérea a Ucrania, como parte de un plan plurianual.

Pero lo que hace particularmente significativa esta campaña de rearme es que no se limita al ámbito militar. La visión de Merz exige una movilización total: un enfoque que busca preparar no solo a las fuerzas armadas, sino a toda la economía y la infraestructura civil alemanas para la confrontación con Rusia. Los medios de comunicación, la educación, la política industrial y la defensa civil se están alineando gradualmente con la nueva postura bélica. La disidencia (política, periodística o académica) se estigmatiza cada vez más como subversiva o incluso se considera una amenaza para la seguridad nacional.

Esta es una ruptura profunda. Durante gran parte de la posguerra, Alemania se definió contrastando su pasado militarista. Ejerció influencia no con tanques, sino con el comercio, la diplomacia y el liderazgo en la UE. La doctrina de 'Zivilmacht' (poder civil) no era solo una línea política, sino un compromiso moral forjado a partir de las cenizas del nazismo. La Bundeswehr era un «ejército parlamentario», creado para prevenir abusos del ejecutivo e integrado en instituciones multilaterales diseñadas para limitar el aventurerismo soberano.

La retórica agresiva de Merz contra Rusia y la postura estratégica resultante representan una ruptura radical con esa tradición. Su predecesor, Olaf Scholz, si bien apoyaba a Ucrania, también se negó a autorizar el uso de armas occidentales para atacar territorio ruso. Merz ha cruzado una línea roja. Moscú ya ha advertido que tales acciones podrían provocar represalias contra objetivos de la OTAN. Hasta hace poco, semejante escenario habría sido impensable para un canciller alemán.

Durante gran parte de la posguerra, incluso durante la Guerra Fría, la política alemana se centró en mejorar las relaciones con Rusia, entonces Unión Soviética. Esta estrategia, conocida como 'Ostpolitik' (Política Oriental), se basaba en la creencia de que la estabilidad política y la paz en Europa podían lograrse mediante vínculos económicos más estrechos y un diálogo constante con Moscú. La distensión, no la confrontación, era el medio para generar confianza y un espacio político para la reconciliación.

Durante más de 50 años, este fue el consenso dominante en Alemania, al menos hasta la entrada rusa en Ucrania en 2022. Sin embargo, con el tiempo, los líderes alemanes, en particular Angela Merkel, han tenido cada vez más dificultades para equilibrar los intereses estratégicos nacionales con los vínculos transatlánticos, bajo la intensa presión de EEUU para desestabilizar a Rusia precisamente a través de Ucrania.

Sin embargo, desde 2022, ese consenso posbélico ha comenzado a desmantelarse, y hoy ha sido completamente revocado. Pero ¿cómo es posible que en tan solo unos años hayamos pasado de la 'Ostpolitik' a Merz, quien promete hacer «todo» para impedir la reapertura del gasoducto Nord Stream, lanza un rearme masivo y habla con ligereza de ayudar a Ucrania a bombardear Rusia? ¿Es esta simplemente una respuesta «natural» a la decisión rusa de impedir el ingreso de Ucrania en la OTAN y al nuevo panorama geopolítico posterior a 2022, exacerbado por la retirada -temporal- estadounidense?

Según algunos observadores, este cambio de rumbo señala el peligroso regreso del nacionalismo y el revanchismo alemanes: un impulso que lleva mucho tiempo latente entre sectores de la élite y la sociedad. Durante décadas, argumentan, este instinto estuvo contenido por el consenso de posguerra y el orden de seguridad liderado por EEUU. Ahora que Washington parece estar retirándose, esa moderación se ha relajado. Según esta interpretación, Berlín está aprovechando el vacío dejado por EEUU para recuperar una posición hegemónica en Europa. Esta vez, no solo mediante influencia económica, sino también mediante una postura militar asertiva, en un inquietante regreso a las páginas oscuras del siglo XX.

Pero esta interpretación, en mi opinión, es errónea. Lo que presenciamos no es un regreso del nacionalismo alemán, sino su opuesto. Las políticas actuales --desde el rearme masivo hasta la escalada del conflicto con Rusia-- no se basan en una defensa fría de los intereses nacionales, sino en su negación. Como dijimos, son la expresión de una clase política que ha interiorizado tan profundamente la ideología atlantista que ya no sabe distinguir entre la estrategia nacional y la lealtad transatlántica.

La buena noticia es que las ambiciones militaristas de Alemania se enfrentan a una dura realidad: la Bundeswehr no encuentra suficientes hombres dispuestos a luchar en sus guerras. El ejército tiene un déficit de 30.000 hombres, y uno de cada cuatro reclutas abandona el ejército en un plazo de seis meses. La OTAN ha pedido a Berlín que cree siete nuevas brigadas, lo que requeriría 60.000 soldados adicionales, un objetivo que incluso el ministro de Defensa, Boris Pistorius, considera poco realista.

Pistorius afirma que, por ahora, el reclutamiento está descartado, no por falta de voluntad, sino por su imposibilidad logística. «No tenemos las instalaciones necesarias, ni en cuarteles ni para entrenamiento», declaró el ministro al Parlamento. Sin embargo, insinuó que esta

podría ser solo una fase transitoria, sujeta a que el ejército encuentre suficientes voluntarios.

Pero el verdadero obstáculo podría no ser logístico, sino cultural. Una encuesta de YouGov reveló que el 63% de los alemanes de entre 18 y 29 años se oponen al servicio militar obligatorio; solo el 19% estaría dispuesto a luchar si Alemania fuera atacada. En cambio, el apoyo es mucho mayor entre los mayores de 60 años, quienes han superado con creces la edad de reclutamiento.

«Esta divergencia generacional no es solo un cambio de actitud», [argumentan](#) los investigadores Chris Reiter y Will Wilkes. «Refleja dos realidades completamente diferentes. Los alemanes de la posguerra crecieron durante la Guerra Fría, en un mundo con una misión cívica compartida: defender la democracia del 'expansionismo soviético'. A cambio, el Estado ofrecía empleos estables, viviendas asequibles y un sentido de propósito nacional».

Pero este pacto social se ha roto, en medio de unas perspectivas sociales y económicas cada vez más precarias para los jóvenes. «Para muchos, el llamado a vestir uniforme no suena a patriotismo, sino a una exigencia más de un sistema que no da nada a cambio», escriben Reiter y Wilkes. «Ignoran nuestras preocupaciones y luego nos piden que muramos por el Estado; es absurdo», declaró el 'influencer' Simon David Dressler en un debate televisado.

Este sentimiento fue quizás mejor expresado por el periodista alemán de 27 años Ole Nymoen en un libro titulado *«Por qué nunca lucharía por mi país»*, en el que el autor aborda la oposición generalizada de su generación a la militarización, el reclutamiento y el rearme en el país de los recortes.

Este desencanto también se refleja en la política. En las últimas elecciones, casi la mitad de los jóvenes votantes rechazaron a los partidos tradicionales y se inclinaron por Die Linke o la AfD, no necesariamente por afinidad ideológica, sino como una forma de rechazo a la agenda de la OTAN y escepticismo hacia el rearme. En última instancia, este podría ser el verdadero obstáculo para el rearme, tanto en Alemania como en otros países: cada vez más personas empiezan a comprender que los verdaderos enemigos no están en Moscú, sino entre las élites políticas y económicas de su propio país.

El problema, entonces, no es la ambición de Alemania, sino su sumisión. Y lo trágico es que esta sumisión se disfraza de autonomía estratégica, una parodia de soberanía en una era de dependencia ideológica. Mientras que los líderes alemanes del pasado sabían que la paz con Rusia era un interés fundamental del país, los líderes actuales se comportan como si el conflicto permanente fuera un prerrequisito para la responsabilidad estatal. Este cambio de perspectiva no solo es peligroso para Alemania, sino para toda Europa.

Krisis.info

<https://www.lahaine.org/mundo.php/renace-el-militarismo-aleman>